

Un veneco más en Medellín

José Gregorio Santander Campos

(Venezuela, 1963-v.)

Técnico Superior en Publicidad del Instituto Universitario de Nuevas Profesiones, Valencia, Venezuela, y Comunicador Social de la Universidad Católica Cecilio Acosta, Maracaibo, Venezuela. Fue Comunicador de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín y actualmente es secretario técnico del Comité Editorial de la misma. Ha trabajado como publicista, redactor, periodista, ilustrador y diseñador en agencias creativas, litografías, revistas, semanarios, diarios y suplementos dominicales infantiles en Colombia y Venezuela.



Resumen

El texto es un relato autobiográfico de un venezolano que emigró a Colombia en la búsqueda de una vida mejor y para ayudar económicamente a su familia. Parte de esta narrativa es un testimonio del impacto devastador que causó la crisis venezolana en sus ciudadanos, que se vieron obligados a dejar su país y comenzar de nuevo en otras tierras. También narra la discriminación y las penurias que enfrentó como emigrante venezolano en sus primeros años de estadía en Colombia.

Palabras clave

Emigrar, escasez, hambre, Medellín, pobreza, veneco, venezolano



Figura 9.1 Un veneco más en Medellín Fuente: dibujo de José Gregorio Santander Campos.

Palabras que desconocía

Probablemente muchos no lo creerán, pero en mis —aquel entonces— 55 años, nunca había escuchado la existencia de esa palabra, tal vez se deba a que provengo de la región central de Venezuela y no de sus límites. Esta palabra la escuché por primera vez cuando me etiquetaron con ella: veneco.

Estaba en una reunión —digamos— de alta sociedad a la que llegué por casualidades de la vida. Todo gracias a un amigo que me reconoció cuando caminaba por el centro de Medellín: “¿José, eres tú?!”. Miguel estaba muy sorprendido al verme, no tanto porque estaba en

Medellín, sino por los 61 kilos que apenas mantenía en mis 1,85 metros de estatura.

No lo reconocí al momento, creo que fue por la combinación de hambre, debilidad y depresión que hacía que mi cerebro ya no funcionara bien. Solo le dije: “Sí, me llamo José”. Cuando me volvió a hablar fue que lo pude identificar. Era un amigo colombiano con el que vivía en la misma urbanización allá en Valencia, y que a veces entrenábamos juntos en el gimnasio e intercambiábamos películas. “¿José, estás en el hueso! ¿Cuándo llegaste?”. Era obvio que lo dijera, la última vez que nos vimos yo pesaba ochenta kilos. Enseguida me invitó a comer y comenzamos a hablar. Le conté los últimos años de mi vida mientras —por fin— pude probar la bandeja paisa, la que veía que deleitaba a tantas personas cuando caminaba por las calles del centro de la ciudad. Él se quedó en silencio, mirándome comer más que escuchándome, mi forma de comer reafirmaba lo que decía.

Aunque Miguel se fue de Venezuela por cuestiones de trabajo mucho antes de que comenzara la tragedia chavista, estaba muy bien enterado de lo que estaba pasando. Entendió mi decisión de venir a Colombia y me preguntó si tenía celular. Le dije que sí, pero que no había podido aún comprar una línea telefónica. Me llevó a una tienda, compró una, la recargó y me la regaló. Me dio cien mil pesos y me dijo que me ayudaría, sin mencionar cómo. Luego de varios días me llamó y en forma escueta me dijo: “Recoge tus cosas que mañana te vienes a vivir conmigo”.

Medellín, una ciudad muy grande, con mucha gente, y tropezarme con un amigo que no vi, pero él a mí sí, poder reconocermme a pesar de mi demacrado aspecto físico y ofrecerme alojamiento, fue para mí todo un verdadero milagro.

Era un apartamento en Las Palmas. Dormir en una cama limpia y bañarme con agua caliente sin temor a que me diera asma fue un momento glorioso. Hacía tiempo que no me veía el cuerpo en un espejo, parecía

un indigente. Miguel hizo mercado para que yo pudiera cocinar y comer lo que quisiera.

Un sábado me llamó para decirme que en la noche lo acompañara a una reunión de amigos. Como no tenía ropa apropiada para esa salida, le dije que no; pero se apareció con ropa nueva y me dijo que ya no tenía excusa, que iba a haber mucha comida. Con esos dos motivos me convenció.

Llegamos a una amplia casa. Los presentes estaban reunidos en minigrupos, que a la vez se aislaban entre ellos mismos por el uso del celular.

Era cierto, había una gran variedad de entremeses como hacía mucho tiempo no veía. Como nunca fui amante del licor, con disimulo empecé a probarlos uno a uno, varios hechos con quesos exóticos y extraños embutidos, todos muy exquisitos. En mi degustar, un hombre bajo, de contextura gruesa, calvo, muy velludo de brazos, algo tomado, se me acercó, y luego de verme de arriba abajo me preguntó: “Eres un veneco más, ¿verdad?”. Me quedé en silencio por unos segundos buscando en el diccionario de mi cerebro ese concepto: veneco. No lo encontré, era obvio, nunca lo había escuchado ni leído antes, por lo que decidí sonreír sin mostrar los dientes, como una mueca de educación, y le dije que sí. Me echó una última mirada de desprecio, dio la vuelta y se marchó. En ese momento me quedé intrigado: ¿qué significaba esa palabra veneco? Al acercarse Miguel, le pregunté: “¿Qué significa veneco?”. Enseguida me miró a los ojos y me cuestionó el motivo de mi pregunta... y le dije: “Aquel amigo tuyo me preguntó si era un veneco más”. Miguel, algo molesto por aquel comentario, me dijo que veneco es una palabra que se usa en Colombia muchas veces con tono despectivo hacia los venezolanos. Me quedé callado, rebobinando todo, y dije: “Bueno sí, soy un veneco más”, y seguí comiendo.

En otra reunión me volví a topar con el susodicho, quien no perdió la oportunidad para decirme veneco con una mirada hostil. La situación comenzó a ponerse

cada vez más molesta, por lo que decidí no ir más a esas reuniones.

Admito que reviso poco las redes sociales, pero una noche en la que hubo una reunión y no quise asistir comencé a mirar Instagram y Miguel había subido una foto donde estaba su amigo despectivo. Como estaba etiquetado, revisé por curiosidad su cuenta y había muchas fotografías de viajes por distintas partes de Colombia y del mundo; se notaba que era de clase alta para poder costearse esos paseos. Pero las que más me llamaron la atención fueron varias de conciertos en las que salía muy sonriente con cantantes venezolanos como Rudy Márquez, Nacho, entre otros. Su sonrisa estaba en la máxima expresión, hasta se le podían contar con facilidad todos los dientes. En ese momento me pregunté: si era xenofóbico con los venezolanos, ¿por qué se fotografiaba con artistas venezolanos? Esa duda se me quedó en la cabeza, hasta que un domingo, viendo un capítulo de Los Simpson, la precoz Lisa me sacó de dudas, mencionó una palabra que tampoco sabía que existía: aporofobia, rechazo y desprecio hacia el pobre.

Ya lo tenía claro, la palabra veneco es utilizada para señalar al venezolano pobre, mas no al rico. Y algunas personas —aclaro no todas— desprecian al emigrante no porque provenga de un determinado país, sino por su condición económica.

Considero que la discriminación hacia el emigrante es una actitud producto de una visión muy superficial, por desconocer los motivos y las penurias que lo llevaron a tomar la decisión de abandonar su patria, sus seres queridos, su hogar y llegar a otro país desconocido y comenzar desde cero con miedo interno, incertidumbre y necesidades. Lamentablemente, así es la naturaleza humana, las personas tienen que vivir en carne propia las situaciones ajenas para poder entenderlas. **Indicios de una decisión**

Particularmente, para mí emigrar fue una decisión muy difícil. Primero porque dejaba a mi familia. Segundo,

por mi edad, pues comenzar desde cero en un país extraño, ya con medio siglo auestas, significaba muchas puertas cerradas en lo laboral. Tercero, el miedo a salir de la zona de confort por un lugar que ni sabes a dónde vas a llegar. Creo que todo esto se complicaba aún más por mi forma de ser, hogareño, introvertido, tranquilo y, finalmente, porque no quería hacerlo.

Siempre lo trataba de postergar dentro de mi cabeza con algo que llamamos “esperanza”. Esperanza de que derroquen la dictadura, esperanza de que todo mejore, en fin, una esperanza que muchos esperábamos por días, meses, años y que nunca llegó. Al final, mi decisión fue la suma de una serie de acontecimientos que me hicieron sentir que debía escapar.

Aunque ya en Venezuela se vivía un deterioro en todos los sentidos, el asesinato de mi jefe fue el primer motivo que me hizo pensar en irme. Trabajaba desde hace más de diez años en un semanario, creo que —sin temor a equivocarme— el último medio opositor de Valencia, ya que los otros medios habían sido cerrados, quebrados o comprados por la dictadura.

Ya no tenía pautas publicitarias y sus clientes habían sido amenazados por el régimen; como si eso no bastara, también impedía la compra de las bobinas de papel para que no saliera impreso. Era obvio que el semanario comenzó a desmejorar en todos los sentidos, sin embargo, mi jefe Orel se mantenía temerario haciendo las denuncias de corrupción, narcotráfico y de lavado en que estaba envuelta la gente de poder.

Un viernes en la mañana estaba en la oficina cuando escuché tres detonaciones de arma de fuego, el ruido no era tan cercano como para alarmarse, pero minutos después recibí la llamada de una compañera que entre gritos y llanto me dijo: “¡José... mataron a Orel, mataron a Orel!”. Es una de esas noticias que te quitan el aliento y sientes que un frío te recorre el cuerpo. Impactado, solo llegué a decir “¿¿Qué, qué?!” Y ella lo volvió a repetir, esta vez diciéndome que bajara. Bajé y corrí al edificio de al lado donde ya había varias

personas agrupadas. Allí estaba mi jefe, tirado en el suelo, con el cuerpo de lado, inerte en el cemento con varias películas en dvd salpicadas de sangre. Muchos gritaban: “¡Llaman a una ambulancia!”; pero a mí me bastó ver cómo el color de su piel pasó de un blanco rosado a un blanco gris para saber que ya había fallecido. Esa transición de tonalidad epidérmica ya la conocía, era la cuarta vez que la veía. Se puede decir que es un detalle que observas, sabes lo que significa y nunca olvidas.

Mi jefe se había bajado del auto para entregar unas películas en el club de video que quedaba en un edificio antes de donde estaba la oficina cuando fue interceptado por un motorizado que le impactó tres balazos y se dio a la fuga.

El velorio fue muy concurrido, era un periodista muy querido en la ciudad, había políticos regionales y nacionales, de la oposición y también del chavismo, muchos amigos y personas que algunos denominan pueblo.

Como era de esperarse, hubo una renuncia masiva, el semanario no solo perdería a su director, también a la mayoría de los empleados. Era entendible, el temor era enorme; saber que todo un Estado está en contra de tu trabajo, de tu seguridad, te hace sentir huérfano como ciudadano, vulnerable. Digamos que fui uno de los pocos que continuó trabajando.

Pero no había pasado un mes del incidente cuando saliendo tarde del trabajo decidí comprar unas hamburguesas. Al regresar a la camioneta sentí una presión en la espalda y la voz de un hombre, y no supe qué dijo, solo sé que mi reacción fue tan rápida que me volteé y agarré la pistola automática que él todavía tenía en la mano. El movimiento fue tan brusco que ambos caímos al suelo, mi rodilla derecha impactó con el borde de la acera y se me rompió el jean que tenía. Fue un forcejeo silencioso, solo se escuchaba la fuerza que hacíamos. Con la mano derecha agarraba el arma con la que él intentaba apuntarme a la cara, mientras el roce con la acera despedazaba la delgada piel de la

parte externa de mi mano. Solo veía la punta de la pistola hasta que una luz muy blanca salió de ella y me cegó por completo; el estruendo me dejaba sordo, la pistola se puso muy caliente, sentía que me quemaba la mano, pero aun así no la soltaba... y ¡pum! otra detonación, otra vez a centímetros de mi cara. Con la otra mano golpeé varias veces al hombre que rematé con algunas patadas, en un intento de alejarme. Me levanté agarrándome de la camioneta y le di la vuelta para escudarme con ella. A pesar del pito ensordecedor que resonaba en mi cabeza pude escuchar los gritos de varias personas. Aunque el hombre armado podía llegar a donde estaba y dispararme, no lo hizo; entre lo poco que podía ver distinguí su silueta que corría cojeando, para montarse en un carro en el que se marchó a toda velocidad.

Todavía con la adrenalina a mil, me subí a la camioneta y salí en sentido opuesto. No podía ver bien, como si un tubo de neón encendido me obstaculizara gran parte de la visión; sin embargo, tomé la autopista y aceleré a fondo rumbo a casa. Mientras me calmaba, la pierna derecha me empezó a doler y la sentí húmeda y fría. Me detuve en una gasolinera y encendí la luz, ¡vaya sorpresa! el pantalón estaba roto y se veía la rodilla botando sangre que chorreaba hasta abajo. Eso me volvió a acelerar los latidos. Tomé una toalla que tenía para el gimnasio y me la puse en la rodilla; al quitarla pude percatarme de que tenía la rótula expuesta sin piel, segundos antes de que se volviera a tapar con sangre. Sin pensarlo, tomé un pote con alcohol que tenía en el carro, lo destapé y me eché un chorro directo en la herida. El dolor y el ardor fueron tan fuertes que creo que me desmayé por algunos segundos, pues comencé a ver puntos amarillos y a tener sueño y no recuerdo nada más hasta que desperté.

El zumbido continuaba retumbando en mi cabeza, pero igual pude llamar a mi hermana y decirle que abriera el portón de la casa, que era una emergencia. Por fin llegué y mi hermana me ayudó a salir del carro. Cuando me vio la herida en la mano y en la rodilla se impresionó, le dije que estaba bien, que me intentaron atracar, que eran solo golpes. Mi hermana, licenciada

en enfermería, me empezó a examinar la herida en la rodilla y me dijo: “No creo que tengas fractura, igual tiene que verte un médico”. Le contesté que no, que ya era muy tarde, que mañana. Ella me dijo que podía curar las heridas, que me iba a doler. Con profesionalismo, las limpió, y con adhesivos cerró la de la rodilla que ya estaba muy inflamada.

Al día siguiente el médico me examinó. Viendo la radiografía me dijo que tuve mucha suerte de que la rótula no se partiera. Me mandó antibióticos y que visitara a un especialista para lo del oído. También aproveché para poner la denuncia en una jefatura. La sede de esta parecía abandonada, como a punto de caerse. Me senté con la ayuda de mi hermana, quien luego salió a vigilar el carro, ya que en esa época se robaban el aceite de los motores por la brutal escasez. Cuando le narré gran parte de lo sucedido, el funcionario me interrumpió diciéndome que para poder poner la denuncia tenía que “colaborar” con una resma de hojas blancas, escribirla a mano y que luego se pasaba a digital. Me quedé en silencio, esperando que el funcionario se reiría de ese mal chiste, pero nunca pasó, era verdad la solicitud. Como pude me retiré de esa oficina, diciendo que la iba a comprar, tratando de disimular la indignación que tenía, mientras que él me explicaba dónde la podía conseguir, en un lugar cercano. Más nunca regresé.

Todo me llevó a una profunda depresión. No quería salir de mi casa, era el único lugar en el que me sentía seguro. Empecé a buscar trabajo, con resultado infructuoso en un país sumergido en una intencionada y profunda crisis. La empresa, al ver que no podía garantizar la seguridad de sus pocos empleados, decidió que teletrabajáramos y el semanario empezó a transformarse en un compacto de refritos de noticias internacionales en un formato totalmente digital hasta el final de sus días.

Luego de varias semanas el pito continuaba constante en mi oído. En las noches, cuando todo estaba en silencio, era cuando más lo escuchaba. Tuve que ir a una especialista, le conté lo sucedido, luego de

examinarme me dijo que debía acostumbrarme a convivir con ese ruido porque era producto de una lesión permanente y me iba a acompañar toda la vida. Lo tomé con calma, “al menos estoy vivo”, me dije. El zumbido lo adopté como una “mascota sonora” que vive en mi oído derecho, que se molesta si uso audífonos o si me toco la oreja.

La verdadera hambre

Cuando tenía como once años vi por televisión —junto a mi abuela— una película *western* protagonizada por el legendario Paul Newman, en la que encarnaba a un mestizo que se ve obligado a viajar a otra ciudad para recibir la herencia de su padre. Por ello, toma una diligencia en la que viajan pasajeros xenófobos. Durante el viaje, una mujer de la alta sociedad le pregunta si es cierto que su tribu come carne de perro. Newman le contesta que sí, que es cierto. La mujer, con repudio, le dice: “¡Qué asco! Jamás comería carne de perro”. Paul termina la conversación diciéndole que eso lo dice porque no sabe lo que es sentir la verdadera hambre. La historia de la película continúa, la diligencia es atracada y los pasajeros, rodeados por los malhechores durante varios días, se ven obligados a comer carne de coyote para poder sobrevivir.

La mente humana es todo un misterio; esa película que vi una sola vez en la vida, cuando apenas era un niño, que pensé haberla olvidado por completo, la comencé a recordar cuarenta años después. Todo producto de esa verdadera hambre que padecía. No el hambre que da por saltarse una comida, o porque sirvieron poco en el plato, y menos el hambre que te hace abrir la despensa y ver diversos alimentos para preparar, pero nada de eso se te antoja. Me refiero al hambre de días, de semanas, de meses, que se pega en el cuerpo y en el alma, que altera tu estado de ánimo, de cómo percibes el entorno, incluso cambia hasta tu propia personalidad.

Fui testigo y víctima de un régimen despiadado que utilizó el hambre como arma de control social. La

población pasaba horas y horas buscando alimentos en una época de brutal escasez, y cuando los encontraba eran otras horas y horas en una interminable fila para poder comprar apenas un kilo de algo a precio exorbitante.

Es poco creíble para un extranjero decirle que con el salario de mi trabajo pude sacar dos autos de agencia, pagarlos en cómodas cuotas, viajar por toda Venezuela, saldar mis deudas y darme gustos como cualquier mortal de clase media, y luego —meses después—, con ese mismo trabajo y ganando mucho más, ya el dinero de mi sueldo solo me alcanzaba para comprar la comida de unos diez días para tres personas, y solo la indispensable para poder sobrevivir.

En mi casa, mi vieja, mi hermana y yo empezamos a perder peso. Racionábamos la comida lo más que podíamos para tener algo para alimentarnos en los demás días. Nos vimos obligados a vender todo tipo de equipos electrónicos que no eran tan indispensables. La venta tampoco era fácil, nadie tenía plata. Todo el dinero era destinado para la compra de alimentos. Los productos de higiene personal eran un lujo que no nos podíamos dar; llegamos a usar —por meses— jabón azul como jabón de baño y champú. Gracias a Dios mis hijos y mi sobrino eran ya adultos que resolvían estos mismos problemas a su manera, porque vivir esta hambruna con hijos pequeños debió ser mucho más terrible.

La calidad de los alimentos desmejoró mucho, granos con gorgojos, café molido combinado con desechos de café, atún con cartón, etc. Pero la escasez y el hambre colectivo que existía no te daban tiempo para pensar si comprar o no lo que encontrabas, pues si te demorabas ya no había.

En las noches, antes de acostarme, me veía obligado a tomar vasos de agua para engañar un poco el hambre; a esas horas se despertaba el monstruo que faltaba: el insomnio, que, junto con el zumbido, el hambre y la depresión patrocinaban el bombardeo de pensamientos en mi cabeza. Pensar en irme a otro país, en que esto

va a mejorar, que va a empeorar, que la esperanza es lo último que se pierde, que la ONU hará algo, etc... y empecé a recordar esa película de Paul Newman que vi cuando niño, ya entendía esa “verdadera hambre” a la que él hacía referencia, la estaba viviendo en carne propia, los veinte kilos que había perdido eran la prueba de ello.

La muerte de mi jefe, el intento de robo, secuestro o asesinato —esa duda siempre la tendré—, las constantes fallas de los servicios, la escasez de alimentos, el hambre, todo apuntaba a que debía emigrar, pero el hecho que me hizo decidirme de una vez por todas estaba por presenciarlo.

Elsa, una amiga, me pidió que la llevara a la casa de sus abuelos que le tenían varios potes de champú, y como forma de pago de ese viaje me regalaba uno. Lo pensé por la escasez de gasolina, ya que durabas más de cinco horas en una fila de autos bajo el sol inclemente y a merced de atracadores, pero la tentación de lavarme de nuevo el cabello con champú era mucha. Pensé en la alegría que eso le daría a mi vieja y a mi hermana, entonces decidí hacerlo. Fuimos, los buscamos y de regreso Elsa me pidió que paráramos en el centro, que iba a retirar unos documentos de una notaría. Quedaba cerca de la Plaza Bolívar de Valencia, por lo que decidí esperarla allí. Hacía mucho tiempo que no caminaba por la plaza; la veía igual, pero extraña a la vez. Algo le faltaba o había cambiado. En mi duda, me senté en un banco a detallar qué era. Me percaté que estaba muy sola. Entonces empecé a darme cuenta de que sí había personas, pero estaban escondidas. No entendía lo que pasaba hasta que llegaron varias palomas volando que cerraron las alas para caminar y picotear el piso. De repente, salieron las personas escondidas con chinchorros y palos contra las pobres aves para cazarlas. Me quedé impactado viendo cómo las mataban a palazos. Antes de terminar de preguntarme por qué hacían eso ya tenía la respuesta: hambre. Estaban matándolas para comérselas. Eso era lo que le faltaba a la Plaza del Libertador, que ya no tenían palomas, habían sido exterminadas por el hambre de la gente. Estupefacto, me quedé en silencio,

sentí un desaire que no me dejó respirar por varios segundos y luego me dije: “Tengo que salir de aquí”. Ese aquí no era de la plaza, era de mi país.

¿A dónde?

Cuando te vez obligado a irte del país, la primera pregunta que te haces es ¿para dónde? Tenía dos opciones: Canadá o Colombia. Canadá lo descarté casi de inmediato, a pesar de tener un gran amigo que se había mudado para allá y me ofrecía hospedaje. Una temperatura de -10 °C en invierno no la aguantarían mis débiles pulmones asmáticos. Me quedaba Colombia, obvio descartando la “Nevera” y fijándome más en Medellín.

Comencé a vender lo poco que me quedaba con el estrés de la devaluación, que convertía de un día para otro tus ahorros en nada. Había contactado a un amigo, Ricardo, que estaba también por viajar a Medellín y cuadramos para irnos juntos. Él tenía un conocido ya establecido que nos daría alojamiento. Eso tranquilizaba.

La despedida fue muy dura. Quise que mi viaje solo lo supiesen mi vieja, mi hermana y mis hijos, no más. De mis hijos me despedí días antes. El mismo día del viaje me despedí de mi vieja y mi hermana. Todo fue llorar y llorar hasta que me monté en el auto que me llevaría a la terminal.

Todo lo que llevaba cupo en un morral, y mi vieja me preparó una bolsa con comida para el viaje. Esa bolsa de poco peso y visualmente insignificante fue preparada con cierto sacrificio.

Un viaje que se tardaba unas diez horas resultó de veinte. La carretera destruida por falta de mantenimiento parecía bombardeada y muchas alcabalas hacían el viaje interminable. Las alcabalas realmente eran guaridas de guardias nacionales que a la final eran ladrones con uniforme, y que con prepotencia trataban a los pasajeros como si fueran delincuentes; mandaban a bajar a todos los del bus

para revisar lo que llevaban, para ver qué podían “confiscar”.

Llegamos a la frontera ya amaneciendo. Pasar de Venezuela a Colombia en realidad fue más sencillo de lo que pensé, y en la forma que yo quería: legal. Ricardo y yo fuimos a hacer la fila para comprar los tiquetes para irnos a Medellín. Recuerdo que luego de esa compra me quedaban apenas unos doscientos mil pesos, por lo que al montarme en el bus me tomé un antialérgico; ¿el motivo? mi cuerpo reacciona de manera extraña al tomar antialérgico, llego a dormir doce horas como si me hubiese tomado un potente somnífero, todo con la intención de no estar despierto, no tener hambre y no gastar más dinero, una insana forma de ahorrar.

No sé cuánto duró el viaje. Ricardo me despertó al llegar a la terminal de Medellín, ya era de noche. Teníamos que ir a un centro comercial, pues allí nos esperaba su amigo. Ver la ciudad de noche, tan iluminada y tan moderna me hacía sentir que había llegado a otro planeta, percepción que te da vivir diecinueve años dentro del yugo anacrónico del chavismo.

Esperamos horas y el hombre nunca apareció, no respondió los mensajes ni las llamadas; ya el lugar estaba por cerrar. Estábamos asustados y nos preguntábamos: “¿Y ahora qué hacemos?”. Llegar de noche a una ciudad que no conocíamos, con muy poco dinero, era estresante. “Tenemos que ver dónde pasamos la noche”, dije. Menos mal que en las pocas horas que había internet en casa pude informarme un poco sobre Medellín. Le dije a Ricardo que debíamos llegar a la estación del Metro más cercana y de allí nos podíamos guiar para irnos caminando a una plaza llamada Botero. Sabía que en ella muchos venezolanos pasaban la noche.

Irnos debajo del viaducto del Metro fue mala idea. Lo espléndido de la ciudad desapareció. En la caminata se podía percibir mucha indigencia, personas revisando y comiendo de la basura, otras durmiendo en las aceras,

prostitución, y con la brisa se sentía el desagradable vaivén del hedor de desechos humanos. En mi primera noche vi las dos caras de Medellín.

Después de varias estaciones llegamos a la plaza. Efectivamente, había varios venezolanos apurruñados para darse calor, dormir y cuidarse. El frío lo sentía en los huesos. Rezaba para que no me diera asma, pues al inhalador de salbutamol que tenía le quedaba poco y llevaba años vencido, pero era con lo único que contaba en caso de emergencia. El piso de la plaza estaba frío como hielo, utilizaba el bolso como almohada e intentaba dormir, esos sueños accidentados en los que nunca descansas, que te hacen extrañar la comodidad de tu cama.

Cuando amaneció me sentía destruido, a pesar de eso, mientras iba aclarando el día percibí una ciudad llena de colores, parecía que provenía de un país donde solo existían tonalidades grises. Caminé varias cuadras y definitivamente se veía lo pujante de Medellín: muchas tiendas abarrotadas de todo tipo de productos, gente caminando rumbo a sus trabajos y jardineras con plantas que florecían sin el temor de ser arrancadas. También noté distintos olores de comida que le daban un toque más de belleza al centro de Medellín. Me senté a ver la gente pasar mientras me comía una empanada, en realidad hacía tiempo que no me sentía así: feliz.

En mi primera caminata, luego de varias cuadras, llegué a una amplia plaza y vi que tenía una gran estatua, desde lejos se podía distinguir que era un héroe patrio. Cuando me acerqué me sorprendió que era el mismísimo Libertador, solo lo vi por algunos segundos, porque de forma inmediata empecé a buscar las palomas, en el momento no las veía hasta acercarme a la fuente y allí estaban reunidas y alborotadas porque un anciano les daba arroz. Me senté un buen rato a contemplar esa escena de vida.

Luego entré a esa inmensa catedral, recé un rato, le agradecí a Dios y le pedí que cuidara a mi familia y que me ayudara a salir adelante; confieso que me eché mi

“lloradita”. Después de sentirme relajado salí, y al revisar el celular me di cuenta de que había wifi abierto, me conecté y pude escribirle a mi familia que había llegado bien.

Empezar desde cero

Cuando pasas la frontera no todos los problemas se quedan en ella, sino que algunos vienen pegados como sanguijuelas, recordándote que siguen contigo. Sabía de antemano que debía tener toda mi documentación en regla para conseguir trabajo. Ya la primera parte la había hecho: haber entrado a Colombia de forma legal. Ahora debía esperar que se hiciera otra jornada para sacar el Permiso Especial de Permanencia, esto podía ser en días, semanas o meses; lo que sí tenía claro es que no podía esperar sin hacer nada.

Se puede decir que mi “primer trabajo” era realmente una mendicidad disfrazada de intercambio de caramelos por algunas monedas que recibía de personas que entraban y salían de la estación Parque Berrío. Personas de las que —sin decir palabra alguna— percibías su solidaridad con su mirada, pero de igual manera, también captabas el desprecio de otras. Con ese dinero podía comprar algo para comer y trataba de guardar un poco.

Se puede decir que pude sobrevivir varios días en la Plaza Botero. Ricardo y yo aún no teníamos el dinero suficiente para rentar una pieza. En esos días, para bañarnos y demás necesidades le pagábamos a una anciana cuyo baño no era nada higiénico, pero no había de otra. Ella había creado un buen negocio con los venezolanos. Cobraba por usar el baño, la cocina, sus ollas, etc. Lo que más preparábamos para comer eran lentejas, por ser lo más barato. Llegué a comer tantas veces lentejas que ahora mi cuerpo no las tolera, como si fuera una forma de autodefensa.

Con el pasar de los días hicimos amigos, compartíamos comida y nos turnábamos cuidando las pertenencias mientras otros buscaban trabajo. Seis paisanos nos pusimos de acuerdo para alquilar una pieza. Era un

pequeño cuarto sin ventanas, con dos camas individuales. El cuarto tenía un olor a sudor, a humedad, a falta de limpieza. Los colchones estaban manchados como si se hubieran realizado partos en ellos. Igual, así lo arrendamos.

La cocina era espeluznante, se compartía con todos los inquilinos; en las noches, parecía que cambiaba de color por la cantidad de cucarachas que la visitaban. Los demás habitantes de la casa eran venezolanos y colombianos con adicciones, y otros ejercían la prostitución. A pesar de todo eso, era mejor que vivir en la plaza de esculturas obesas.

Cuando se comienza desde cero las pequeñas metas que logras te dan mucha alegría, que para otros resultarían insignificantes. Aún recuerdo cuando obtuve mi Cívica y me monté por primera vez en el Metro; hice viajes de Niquía a La Estrella y viceversa. Ese primer viaje nunca lo olvidaré, disfruté tanto viendo a Medellín, sus colores, su arquitectura, sus montañas, sus contrastes.

Semanas después conseguí trabajo como ayudante en un carro de perros calientes. Era para trabajar todas las noches hasta la una de la mañana, y en las mañanas continuaba con los caramelos. Luego de unos tres meses el frío de la noche y las mojadas por las lluvias, más el calor de los vapores del carrito me afectaron los pulmones; sentía que me costaba respirar cada vez más hasta que vino mi primera crisis de asma que me duró semanas y me obligó a renunciar.

Poco tiempo después Migración inició una jornada para sacar el pep y así poder trabajar legalmente. Pude sacarlo y para mí fue otra meta lograda. A pesar de que Ricardo lo sacó, luego me dijo que volvería a Venezuela, que estaba cansado de pasar trabajo. Eso fue un golpe duro para mí, era mi apoyo. Días después de su partida me dio una gripe de esas que no te deja parar de la cama. Me compliqué con el asma. No podía respirar, no podía bañarme ni podía salir a trabajar, ya no tenía dinero, comía lo que me daban los otros venezolanos cuando llegaban en la noche.

Luego de días sin salir, saqué fuerzas para caminar por el centro a ofrecer caramelos por dinero, la debilidad me hacía ver la estación del Metro muy lejos, en ese momento alguien se me acercó y me preguntó: “¿José, eres tú?”.
“Sí, me llamo José”.